



Universidad
Nacional
de Rosario

Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

*Entre psicoanálisis y literatura. Frankenstein y el loco
lacaniano.*

Modalidad de escritura: Ensayo

Autora:

Bertoya, Antonella

Legajo: B-5169/1

DNI: 37.482.565

Mail: anto.bertoya94@gmail.com

Docente Responsable:

Mgst. Lemberger, Graciela

2024

Agradecimientos.

Mi gratitud va dirigida en primer lugar a mi familia. A mis padres, Martita y Piki y mis hermanas Jime y Gabi, por haberme acompañado y guiado siempre desde la

de tensor entre ambos cuerpos. De este modo, las locuras son leídas desde la noción lacaniana, entendiendo que son inherentes a todo ser humano ya que se encuentran necesariamente relacionadas con la constitución Yoica. Pero también se habla de una identificación inmediata e infatuada, que hace que el sujeto crea ser lo que es, sin posibilidad de la mediación del Otro. Es por ello que estos elementos son puestos en juego a partir de la lectura del personaje principal de *Frankenstein*, quien cree ser un creador, o una mujer que insufla vida a un monstruo con rasgos de fatuidad.

Palabras claves: Psicoanálisis – Literatura – Locuras - Narración

Al desandar los vastos caminos del conocimiento humano, el psicoanálisis y la literatura surgen como dos cuerpos teóricos que se diferencian tanto en enfoque como en método, pero sin embargo proponen adentrarse al discernimiento de la psique. De este modo se pretende establecer como ejes temáticos a la literatura, el psicoanálisis,

situando entre ellos la noción de locura.

Por lo que se comprende, las locuras han sido un objeto de estudio ineludible, abordado desde múltiples perspectivas y con variadas interpretaciones que convocan su minucioso esclarecimiento, cuando esta noción pretende entrometerse tanto en el ámbito literario como en el del psicoanálisis, surge la cuestión fundamental y el punto de partida de este escrito: las locuras resultan ser un elemento de mutuo interés para el psicoanálisis y la literatura, pero también dicha noción puede funcionar como tensor entre ambos cuerpos teóricos. Por lo que los desarrollos de este escrito serán puestos al servicio de argumentar esta información.

Ambos campos de dominio, se encuentran mutuamente uno al servicio del otro. Sigmund Freud desde los orígenes hasta sus últimos desarrollos hace uso del texto literario no solo para interrogar las obras sino que usa dichas narraciones para interpelar el psicoanálisis. Posteriormente Jaques Lacan también se sirve de la literatura para poder darle entidad a aquello que aparece en la clínica, por lo que nuevamente y en diferentes contextos, el psicoanálisis y la literatura se fusionan.

Durante esta trayectoria aparecerán diferentes puntos de vista para pensar este encuentro. Por un lado se piensa en un psicoanálisis aplicado, pero por otro lado se piensa el vínculo entre literatura y psicoanálisis en términos de deuda, o también como retroalimentación necesaria y nutritiva. Además se intentará establecer como particular punto en común a la noción de narración, entendiendo que ambos campos de dominio no pueden pensarse por fuera de ella.

Por lo que el presente escrito se adentra en esta posibilidad de vincularse situando a su vez un elemento crucial como es la locura tanto en la narrativa psicoanalítica como en la narración literaria. Para ello, se propone realizar una lectura particular de la ficción literaria de Mary Shelley titulada *Frankenstein* (2011). Esta magnífica obra gótica no sólo convoca por su relevancia literaria, sino que ofrece la posibilidad de explorar e interrogar entre sus páginas a *las locuras* a partir del gesto interpretativo de la autora. Pero también, interesa específicamente situar si existe un punto en común entre ambos discursos respecto a esta noción, para luego discernir si puede considerarse al personaje de *Victor Frankenstein* un loco.

Para profundizar respecto a la noción de locura se recurrirá a la lectura lacaniana, pero también, el vasto trayecto de estudio de Foucault, respecto a dicha noción, demanda un interés particular. Ambas líneas teóricas permiten profundizar respecto al encuentro entre los dos campos de saber, y en particular guían en el recorrido de poner en tensión la noción de locura comprendida en dicho contexto.

En este sentido se podría establecer un punto crítico, ya que las nociones de locura y psicosis parecen estar vinculadas y hasta correlacionadas entre sí. Incluso Lacan plantea que: "Las psicosis son, si quieren –no hay razón para no darse el lujo de utilizar esta palabra- lo que corresponde a lo que siempre se llamó, y legítimamente se sigue llamando así, las locuras" (Lacan, 2013. Pág 12). Por lo que esto llevará a interrogar y diferenciar estas nociones.

Adentrarse al mundo de las locuras, es encontrarse con lo inconmensurable, y parece imposible abordar todo lo que esta noción representa. Por lo que se propone partir de pensar a la locura como constitutiva del ser, y particularmente relacionada con la construcción del Yo. Al partir de estas bases, la locura resulta ser inherente al hombre y a la cual se le atribuye una dosis a cada sujeto. Por lo tanto, la particularidad de este escrito radicaría en un plus ilegible, ya que se encuentra motivado por el deseo de saber a partir de encontrarse con lo desconocido.

noción podría ser el elemento que por medio de su manipulación puede tensionar de ambos extremos los dominios de la literatura y el psicoanálisis.

De este modo el desarrollo de este texto propone en primer lugar identificar cuestiones en referencia a la literatura y el psicoanálisis, para introducirse en los diferentes puntos de vistas en los que se puede pensar su relación. En segundo lugar, se plantea adentrarse hacia la posibilidad de encuentro a partir de la noción de narración. En tercer lugar, se propone meterse de lleno en la interrogación por el loco y las locuras, dando lugar a la postura lacaniana, para finalmente establecer los elementos de las locuras encontrados en el personaje principal de la obra *Frankenstein* (2011).

3.1 Psicoanálisis y literatura

Como punto de partida para este recorrido, interesa entender el *saber* como un complejo entramado de prácticas discursivas y no discursivas que configuran lo que se considera aceptable y válido en una sociedad y en un contexto determinado. Dicho entramado supone también un conjunto de conocimientos o información, de discursos, instituciones, normas y prácticas que determinan qué se puede conocer y cómo (Foucault, 2002). Por otro lado, se sugiere definir el campo como un espacio social estructurado donde se llevan a cabo luchas y relaciones de poder entre diferentes actores. Estos campos resultan ser distintos ámbitos de la vida social, como por ejemplo, el arte, la ciencia, la educación, etc. Y cada uno posee sus propias reglas, estructuras y dinámicas. Los campos funcionan entonces como microcosmos de la sociedad, con sus jerarquías y formas de capital específicas (Bourdieu, 2002).

Siguiendo con estos postulados, cada campo de saber se enfoca en un conjunto particular de temas y problemas, y suele estar asociado con disciplinas académicas o profesionales. Además, cada campo corresponde a un área específica del conocimiento humano, en la que se desarrollan y aplican conceptos, teorías, métodos y prácticas. Es a partir de estas definiciones que se conciben al psicoanálisis y a la literatura como dos campos de saber, que en cierto contexto particular se fusionan.

Cuando se pretende definir a la literatura se encuentra que existen tantas concepciones como escritores y diccionarios en el mundo. Resulta cautivador el punto de vista de uno de los literatos argentinos más destacado, Jorge Luis Borges define a la literatura como la expresión de un sueño, de una quimera, de una esperanza, de una utopía, de una distopía. Se puede entender que esa forma de concebir la literatura, encapsula la profunda conexión entre ella y la esencia misma de la humanidad. Para el escritor, la literatura es una forma de explorar los límites de la percepción y la comprensión, pero al mismo tiempo pretende desafiar esas nociones preconcebidas y la naturaleza misma de la realidad. En su visión, la literatura no es simplemente un conjunto de palabras volcadas en un papel, sino un universo infinito de posibilidades y significados, esta concepción trasciende las tradiciones y se mete en terrenos donde la realidad y la ficción se entrelazan de maneras inexplicables (Díaz, 2024).

Por otro lado, Julio Cortazar plantea que lo básico para hacer literatura es la imaginación para ver la realidad y transformarla de mil maneras. Además resulta interesante su postura en relación a plantear que la literatura no nació para dar respuestas, sino que su tarea apunta a hacer preguntas, a inquietar, para así abrir la inteligencia y la sensibilidad a la posibilidad de nuevas perspectivas de la realidad. Para él la literatura era expresión de sentimientos de libertad y rebeldía propios del artista por lo que se puede aseverar que buscaba unir la literatura y la vida (Pérez, 2020).

Resulta peculiar que al intentar rastrear una definición de literatura de Mary Shelley, autora que convoca este escrito, no se encuentre algo explícito. Sin embargo resulta evidente que su visión fue revolucionaria. Si contextualizamos, existe un límite que en primer lugar se rompe, y es el de una mujer escribiendo de forma pública, ello habla de la literatura como posibilidad de libertad, y se evidencia a partir de expresar su opinión sobre política (herencia de su padre), sobre ciencia o respecto al feminismo (herencia de su madre). Así mismo todos sus escritos, además de estar impregnados de una característica creatividad y percepción de la realidad, reflejan una concepción de literatura que expresa ser una poderosa herramienta para explorar y cuestionar los aspectos más profundos del conocimiento humano, incluyendo los miedos, aspiraciones y las complejidades éticas de la vida.

Así la literatura es comprendida como una manifestación artística que utiliza el lenguaje como medio para expresar ideas, emociones e historias. Interesa destacar que cumple un papel fundamental en la formación de lo social y cultural, y se alimenta de lo

cotidiano, de lo que no se ve, del crimen, las pasiones, el amor y otras ciencias. Además,

4

construye pensamientos, alimenta al espíritu ayudando a movilizar emociones e ideas y permite afrontar las vicisitudes de la cotidianidad con más alternativas de solución y resiliencia (Rojas Fernández, 2006). Del mismo modo, la literatura realiza un recorte de un tema, una lectura al respecto y al mismo tiempo ejecuta una narración. Por lo que el texto literario, independientemente del motivo que acarrea, podría ocultar un significado propio que aparezca velado. Ello nos remite a la posibilidad de que la literatura realice una operación de lectura y escritura respecto a, por ejemplo, *las locuras*, que permita ser desvelado por medio de la interpretación psicoanalítica.

Los orígenes y los fundamentos del psicoanálisis fueron cimentados por un gran pensador y escritor como lo fue Sigmund Freud. Actualmente, y a grandes rasgos, el psicoanálisis se lo puede definir como un método teórico y práctico, el cual pretende una concepción de sujeto de la palabra, en su sujeción al inconsciente, en su entramado de significaciones y en su dimensión deseante. A su vez, las prácticas psicoanalíticas, son entendidas desde una perspectiva del oficio, suponiendo un trabajo activo, creativo y artesanal para intentar alguna modificación de esos circuitos repetitivos de sufrimiento y conflictos en los que el sujeto se encuentra atrapado (Bloj, 1977). En este sentido, un elemento fundamental para pensar la clínica es la narración, ya que en dicho espacio se invita al paciente a narrar una historia, la que su propia subjetividad habilita y del otro lado tenemos la figura del analista quien cumple una función de oyente.

A lo largo de la historia del psicoanálisis, se pueden ubicar numerosos momentos de encuentros con la literatura. La influencia de la literatura en la teoría y práctica psicoanalítica de Sigmund Freud es innegable. Desde sus primeros escritos hasta sus teorías más maduras, se encuentra que la literatura sirvió como una fuente de inspiración, ilustración y comprensión para los desarrollos de sus conceptos. Las obras literarias no sólo enriquecieron la teoría freudiana, sino que también influyeron para pensar la práctica del psicoanálisis, permitiendo la apertura a posibles herramientas y técnicas para la exploración del inconsciente y el análisis de los conflictos internos del individuo. Cabe aclarar, que Freud no solo interroga el texto literario sino que usa dichas narraciones para interpelar el psicoanálisis.

A lo largo de su obra, Freud exploró vastos temas, entre ellos el inconsciente, los sueños, la sexualidad y la represión, encontrando en la literatura una fuente rica de ejemplos y metáforas que ayudaron a dar forma a su teoría y método. La lista de autores literarios es muy extensa, pero interesa destacar algunos en particular. En primera instancia se halla *Edipo Rey* de Sófocles, donde encontró inspiración en este relato para interrogar los fundamentos de la clínica. El Complejo de Edipo es uno de los conceptos centrales en la teoría psicoanalítica, dentro de los más de cuatrocientos términos y más de noventa nociones freudianas. Como el trabajo del psicoanalista se caracterizó por ser de lectura y relectura, es nuevamente en la obra de Shakespeare, en particular de sus tragedias como *Hamlet*, donde identifica la concepción de inhibición culpable. Por otro lado, la lectura de *Los Hermanos Karamazov* de Dostoievski lo lleva a aseverar la teoría que ya venía articulando respecto de los avatares del deseo parricida (Rey, 2009).

El encuentro de Freud con el arte de la literatura es tan amplio como lo extenso de sus postulados a lo largo de todos los años de su distintiva producción. Por otro lado, las psicobiografías acaban siendo material de primera calidad para el desarrollo de la teoría psicoanalítica. Por ejemplo, partiendo de sus interrogantes respecto al retorno de lo reprimido, las *Memorias de un Neurópata* de Paul Schreber, le sirvieron para plasmar sus primeras ideas respecto al desarrollo de la psicosis. Sus alcances en la teoría de la psicosis son entendidas como una deuda que dejó el psicoanalista y que posteriormente los aportes de Lacan son hartamente orientativos y permiten abrir nuevos interrogantes respecto a la locura.

Otro ejemplo, se plasma a partir de la lectura de los escritos de los cuadernos propios de Leonardo Da Vinci, el enigma de la sonrisa de La Mona Lisa le llevó a interrogarse sobre la inhibición sexual, su relación con la creación artística y la sublimación. Más tarde propondrá que la creación artística (en ello se puede pensar a la creación literaria) es un acto de sublimación, un proceso mediante el cual los deseos

5

reprimidos y las pulsiones inconscientes encuentran una salida a través de la creatividad (Freud, 2010). Por otro lado, recurriendo al arte de la literatura, lo que buscaba (y claramente encuentra) es superar los límites del lenguaje científico haciendo un análisis aplicado. Por lo que utiliza el texto literario como pre-texto para el desarrollo teórico, pero a su vez le sirve a la práctica clínica como caso clínico cuando los alcances de la ética de su trabajo se lo impiden.

Como el gran lector que fue, Freud, encontró en los clásicos algo que parecía intimar con lo que oía de sus pacientes, por lo que se sirve de la literatura para interrogar la clínica. En este proceso se encuentra con el sujeto del lenguaje, que al igual que el artista, es un sujeto que transmite la corriente de una tensión. Tensión entre tendencias plurales y opuestas o contradictorias. Tensión que habla de los síntomas subjetivos y en concreto en la ficción literaria. Sujeto de la tensión que en la clínica aparece como sujeto del conflicto y del sufrimiento psíquico (Rey, 2009). Algunos pensadores se han mostrado reticentes frente a la idea de hacer un análisis aplicado a la literatura. La crítica apunta a realizar una interpretación del personaje, que también supone no estar exentos del punto de vista del autor, ya que se entiende que su obra representa los avatares más profundos de su psiquismo. De este modo se tilda a Freud de realizar una reducción de la literatura a la expresión de la neurosis, tomando estas obras como casos clínicos (Rojas Fernandez, 2006).

En otro contexto, Piglia (1997) propone pensar la relación entre psicoanálisis y literatura como conflictiva y tensa, y a su vez remarca que lo que no pudo ser dicho por la literatura por relacionarse con la intimidad, el psicoanálisis le dio una entidad y esto lo volvió atractivo. También explicita que la literatura ha usado al psicoanálisis y el psicoanálisis ha usado a la literatura y propone hablar en términos de *deuda*. Cabe aclarar que ambos campos se adeudan mutuamente, pero en específico, el psicoanálisis le debe mucho a la literatura, por los numerosos usos que se hicieron a lo largo de la historia para poder interrogar la práctica clínica y terminar de darle forma a muchos conceptos centrales como bien se pesquiza en la obra de Freud.

Por otro lado, resulta evidente que Lacan también ha utilizado innumerables referencias literarias ya sea como mera mención o desde la perspectiva de un análisis exhaustivo para poder ilustrar sus conceptualizaciones o extraer de ellas alguna enseñanza. Para poder precisar, es en su retorno a Freud donde se puede ubicar un punto de inflexión: por un lado la mirada lacaniana propone correrse de la idea de un psicoanálisis aplicado a la literatura ya que el mismo es aplicable como tratamiento a un sujeto que habla y escucha, por lo que su interés estuvo puesto en captar la relación del hombre con la letra y su posición frente al deseo. Al invertir la propuesta freudiana despliega la posibilidad de construir un sistema de lectura o un modo de leer que fundamente su idea de arte aplicado al psicoanálisis (Sanchez, 2018).

En este sentido, Lacan realiza una lectura de *Hamlet* de Shakespeare, en la cual plantea que el escritor modifica las coordenadas del drama Edípico para permitir vislumbrar de qué modo está en juego el deseo. Lo que hace el psicoanalista es dilucidar que para llegar a ciertas elucidaciones es necesario hacer uso de la literatura procediendo de la misma forma que con el inconsciente, es decir siguiendo al pie lo que se narra en el texto de la obra.

Para poder separarse de la idea de un psicoanálisis aplicado, es necesario recordar el estatuto de sujeto, ya que nuevamente lo fundamental radica en que la

práctica de la letra converja con el uso del inconsciente, esto significa que es necesario conocer qué lógica inconsciente se encuentra presente en la obra.

Un nuevo momento revolucionario se avecina, junto al encuentro de lo escrito por Joyce, un personaje misterioso con una escritura que cuestiona los límites de la cordura y lo hace interrogar la locura. Al mismo tiempo Sánchez (2018) propone pensar que gracias a Joyce, Lacan pudo construir el síntoma y esta lectura que realiza es una verdadera puesta en acto de aplicar el arte al psicoanálisis.

Así, Barrios (2020) asevera que cada vez que se intenta conjeturar algún tipo de atravesamiento entre ambos campos nos encontramos con una tensión a no resolver que

6

se produce a partir de no ceder a la aplicación del psicoanálisis abriendo derivas tanto en lo epistémico como en lo metodológico.

Por otro lado, Christopher Dominguez (2023) realiza una interesante crítica literaria conjeturando que existe una retroalimentación incesante entre psicoanálisis, (específicamente los planteos freudianos) y la literatura, y no puede negarse que ha sido muy fecundo para ambos cuerpos. Partiendo de la definición de la literatura como la expresión más sólida del alma humana, se trazan algunos lineamientos para pensar en una hermandad absoluta con el psicoanálisis, algo que resultaría inconcebible sin Freud.

Por su parte, los post-freudianos que se mostraron reacios a esa concepción plantean adaptar la autonomía del texto a la incursión psicoanalítica, en tanto que la debilidad del pensamiento freudiano como instrumento de indagación literaria se expresó a partir de crear teorías tentativas partiendo de una pequeña cantidad de elementos. Sin embargo, no se puede contradecir que el magnífico y aventurado trabajo realizado por Freud tanto como pensador o escritor, tuvo suficiente sustento como para que en la actualidad se enseñe, se debata y perdure (Christopher Dominguez, 2020).

3.2 Hacia una posibilidad de encuentro...

Como se ha expuesto anteriormente desandar los caminos de una transversalidad entre los campos del psicoanálisis y la literatura lleva a un destino de encrucijadas. Por lo que, interesa específicamente hablar en términos de encuentro, especificando esta intersección en lo que resulta ser la narración.

Desde el punto de vista de la literatura, se podría aseverar que la narración adopta una dimensión artística y rica en contenido creativo. Pero también, no solo refleja la realidad, sino que la transforma reinventando una nueva, ofreciendo múltiples perspectivas y brindando su punto de vista respecto de la condición humana. La narración literaria, muchas veces se enfrenta a lo que es difícil de expresar y logra poner en palabras lo que a menudo escapa al entendimiento racional, de esta forma invita a sus lectores a sumergirse en ese mundo que se crea por medio de la palabra.

En otro sentido, Leibovich de Duarte (1998) se pregunta respecto a cómo se configura una narrativa en el acto psicoanalítico, y propone que es allí donde el psicoanálisis convoca a la teoría literaria en tanto que la narración resulta de un relato construido y confeccionado a raíz de un eje en una secuencia temporal. Y va a especificar que el acto analítico resulta siempre de una actividad creativa donde se interpretan los relatos que se establecen entre analista y paciente. Estas narraciones adquieren su carácter de verdad en este contexto, ya que lo importante es lo que se es dicho en ese presente sin interesar que alguna característica del pasado sea distorsionada.

El psicoanálisis como práctica, se nutre de la narración. En la praxis clínica se la puede pensar como un escenario donde la palabra toma protagonismo, y es a través de la narración que el analizante puede articular su sufrimiento, sus conflictos y sus deseos. Este acto de narrar no es un simple relato de eventos pasados, sino una reconstrucción

activa de la historia de la persona con todos sus entramados subjetivos. Por ello, la clínica implica la organización de eventos vividos en la sincronía de un relato, pero no resulta de la mera repetición de cuestiones ya vividas, sino que es una narración de a dos que apunta a ampliar los esquemas narrativos utilizados para poder considerar de otra forma su realidad. Aquí, la figura del analista juega un papel crucial, escuchando y guiando al sujeto a encontrar significado o resignificando aquello que relata (Leisse de Lustgarten, 2020).

La literatura, por su parte, parece ofrecer al psicoanálisis un terreno para la interpelación y el alumbramiento conceptual. Al leer un texto se propone descifrar su significado, al mismo tiempo se le agrega de acuerdo con una perspectiva personal una interpretación, por lo que esto se puede transformar en una actividad hermenéutica interrogando al texto y dejando que el mismo responda. Por otro lado, todo texto se caracteriza por su organización interna y su codificación múltiple. Tal es el caso que en lo

7

específico de la lectura literaria, la participación del lector se modifica, en la medida en que el universo de la obra es un universo inventado, (re)creado, ficcional. Se debe dejar en claro que la interpretación no se alcanza sólo con la lectura superficial y lineal de un texto sino muy por el contrario, es una tarea ardua y compleja que depende, en cierta instancia, de la perspectiva subjetiva de quién la realiza (Eguinoa, 2000).

Un autor muy interesado por la hermenéutica psicoanalítica es el filósofo Ricoeur, dentro de sus obras considerará al psicoanálisis como una forma de interpretación que va más allá del simple análisis psicológico, planteando la posibilidad de lectura de la dimensión simbólica del lenguaje sobre la experiencia subjetiva del sujeto, pero además debemos considerar otras complejidades a esa interpretación. La narración además de ser un medio para expresar y configurar algunos significados que aparecen como ocultos, es un espacio donde convergen las tensiones entre el sentido manifiesto y el latente de la estructura simbólica. Por ello es que se puede pensar que el autor asemeja la narración en psicoanálisis con el trabajo literario, ya que en ambos campos se supone una interpretación que va más allá de lo evidente para captar las múltiples capas del significado que se encuentra en la narración. Ambas disciplinas se nutren del lenguaje simbólico, donde lo dicho siempre apunta a lo no dicho, y donde el significado se escapa y se transforma constantemente (Herrera Guido 2002).

Así como se habla de un encuentro entre dos en el marco de la práctica clínica, algo similar ocurre cuando la persona psicoanalista se sumerge en la narración literaria produciéndose un encuentro único. En este acto de lectura no solo busca placer, entretenimiento o distensión, sino que al llevar consigo su recorrido teórico y un *oído afilado* se produce un tipo de lectura que se puede calificar como: *diferente*. Este bagaje permite la posibilidad de interrogar ciertas nociones en el texto literario, proporcionando una lente a través de la cual se pueden entender de otra manera los conflictos, las dinámicas y los simbolismos presentes en la narrativa. A su vez esta intersección enriquece tanto la práctica analítica como la comprensión literaria, creando un diálogo constante y dinámico entre ambos campos. Este modo *diferente* de lectura es el motor con el cual se llevó a cabo la lectura de *Frankenstein*, la ficción gótica de Mary Shelley. De este modo, cuando la autora narra la historia de un científico que, cual mujer, da un soplo de vida a una criatura confeccionada por restos de distintos materiales necesarios, el lente psicoanalítico le otorga entidad de *locura*.

3.3 Sobre el loco y las locuras.

Luego de haberse situado ciertos puntos de encuentro entre el psicoanálisis y la literatura, es oportunidad de interrogar el interés por la locura desde la visión de ambos campos de dominio. La misma ha sido objeto de fascinación, terror, burlas e intriga a lo

largo de la historia humana. Desde las primeras civilizaciones hasta el presente, la concepción de la locura y el tratamiento de los sujetos que la padecen ha evolucionado significativamente, adquiriendo su relevancia y entidad dependiendo de los diferentes contextos socio-históricos. La figura del loco se encuentra estrechamente relacionada con la insensatez, lo irascible, lo incómodo y lo diferente. Incluso desde su aparición, la locura podía ser considerada como sagrada o por el contrario, como obra de los demonios, pero además se encontraba directamente relacionada con el pecado. La locura es *chifladura*, por ende molesta al orden social. Entonces, por la influencia de la medicina se opta por encerrar al loco en manicomios, se lo tortura, se dispone de su cuerpo y de sus emociones bajo promesas dudosas de curación.

Pero también, la locura adquirió un llamativo protagonismo dentro de las artes y especialmente en el teatro y la literatura. El loco era el centro de las piezas dramáticas, y era la figura portadora de una verdad que por ser censurada no podía estar en labios de personajes cotidianos. Además, la figura del loco era la figura del artista, y al mismo tiempo, se expresaba en boca de personajes locos, realidades peligrosas que una persona considerada cuerda no se animaría a manifestar. Por otro lado, tenemos el caso de literatura escrita por mujeres, en donde la locura ocupa un lugar privilegiado ya que las

8

mujeres que se atrevían a desafiar el modelo dominante se convertían en brujas, monstruos o figuras demoníacas. Aquellas que se atrevían a tomar la pluma, se les catalogaba como locas o histéricas, como un intento de censurar y prevenir el contagio de dichos comportamientos (Sanchez Blake, 2009).

Se puede aseverar que es un hecho que la locura fascina al hombre, y lo que realmente fascina del loco, que al mismo tiempo es lo que a la literatura le resulta atractivo, es el saber que expresa. Aquellas figuras absurdas, fantásticas o extrañas resultan ser del orden de lo esotérico, en su sentido más explícito: la de ser de difícil acceso para la mente. El saber que tanto interesa es el saber prohibido ya que “por una extraña paradoja, lo que nace en el más singular de los delirios, se hallaba ya escondido, como un secreto, como una verdad inaccesible, en las entrañas del mundo” (Foucault, 1998 pág. 19). Desde el punto de vista psicoanalítico se podría decir que lo que expresa la locura escapa a la ley, y lo que se expresa de ella es algo que a un sujeto podría inquietarlo. Además cuando la locura se despliega, se puede decir que se encuentra con lo oscuro, lo no dicho del mundo.

En este punto resulta pertinente introducir una salvedad ética: el ingreso al mundo de la locura desde el punto de vista psicoanalítico parece ser algo inabarcable, un mundo inconmensurable donde se podría partir de un famoso aforismo lacaniano: *todo el mundo es loco* (Miller, 2022). Conocemos por Lacan, que la locura tenía una entidad psiquiátrica y el término psicosis llegaría para reemplazar esta concepción. La persona que se diagnosticaba con locura era aquella malvada, intolerante, malhumorada, orgullosa, desconfiada, era una persona paranoica que cuando era demasiado paranoica llegaba a delirar. En este contexto también se expone que las psicosis es todo lo que recubre al campo de las locuras (Lacan, 2013). Ahora bien ¿Locura y psicosis son nociones que pueden correlacionarse? Luego de algunas lecturas se puede decir que es erróneo inferir una equidad entre ambos términos, pero tampoco son excluyentes.

Para adentrarse en la posibilidad de establecer una diferencia, es necesario entender que con Lacan la psicopatología psicoanalítica se encuentra perturbada a partir de la noción de locura. Por lo que se podría establecer como principal separación la cuestión estructural, ya que Lacan reconoce tres entidades clínicas, lo que se corresponden a las tres grandes estructuras freudianas: Neurosis, Perversiones y Psicosis. Las locuras no encajarían con dicha tripartición, por lo que tampoco está vinculada a la singularidad de un caso sino que se refiere a la esencia misma del hablante, es decir del ser afectado por el significante. Entonces, la locura respondería a

algo constitutivo del ser: es a partir de que el hombre habla que se le atribuye una locura generalizada. Esto no quiere decir que dentro de una estructura psicótica no encontremos rasgos de locura, sino al contrario, la locura existiría en cada uno de los sujetos indistintamente de su estructura subjetiva. Ahora bien, para hablar de psicosis necesariamente se debe inferir a la *forclusión -Verwerfung- del Significante Nombre del Padre*, un significante primordial que al no inscribirse, se ve dificultado el ingreso del sujeto al mundo de lo simbólico. A pesar de ello, a la locura no es necesario establecerla a partir de alguna no inscripción o falla (Muñoz, 2020).

Cuando la intención es referirse a un sujeto, se lo puede pensar ordenando ciertas cuestiones que responden al mundo de las estructuras freudianas. En este contexto, no es lo más apropiado, ya que el encuentro es con un libro y un personaje de ficción forjado a partir de la hoja y la pluma. Partiendo de este punto se intentará evidenciar que el interés por la locura se encontró con una escritora, la cual configuró un personaje que tiempo después se encontraría con el psicoanálisis. Ahora bien, resulta interesante discernir que mientras la joven escritora daba vida a la historia que se convertiría en *Frankenstein (2011)*, enfrentaba a su vez sus propios monstruos internos. Fue en el verano de 1816, durante una estancia en *Villa Diodati*, mansión localizada en Suiza, mientras se encontraba rodeada de figuras literarias prominentes como *Lord Byron* y *Percy Bysshe Shelley* (su futuro esposo), donde concibió la idea de su obra la cual daría origen a la ficción literaria como tal. En un ambiente cargado de creatividad y motivada por una escena tenebrosa, Mary Shelley -quien en ese entonces era una joven de apenas

9

18 años- comenzó a plasmar en papel su inquietante narración. Esta obra invita a introducirse en la vida de la autora, ya que el detrás de escena se encontraba teñido por la angustia del (des)amor y la traición, la muerte de sus hijos, y el deseo por dejar de tener que esconderse detrás del nombre de su pareja y al fin lograr el reconocimiento merecido, pero dicha invitación podría ser motivo de una futura indagación.

Interesa pensar que así como Victor Frankenstein, el protagonista de la obra, propone superar los límites de la ciencia para crear vida a partir de materia inerte, por su parte Mary Shelley se deja llevar por su imaginación y emociones para dar vida a su obra literaria. Ambos actos de creación, uno literario y otro científico, entretienen la trama de lo que se puede pensar como el parto: Víctor, cual mujer, cree engendrar un ser que refleja su delirio y ambición desmedida, mientras que Mary Shelley da a luz a una peculiar obra literaria que explora temas sobre la locura, la vida y la muerte a través de la lente del horror y la introspección. Una importante diferencia se esconde detrás de estos momentos de alumbramiento, ya que la joven creadora no demuestra conflicto alguno al otorgarle un nombre a su obra maestra, pero algo ocurre con el científico a quien se le imposibilita nombrar a la criatura a la cual le dio vida y solo la califica como monstruo.

Existen un par de cuestiones que es interesante aclarar y que no remiten sólo al formato sino también al contenido y a la discusión sobre la locura. En primer lugar *Frankenstein (2011)* es un escrito literario que se estructura como relato enmarcado, técnica que consiste en relatos dentro de relatos. Lejos de realizar un análisis literario, lo que interesa es que dicho texto comienza y termina con narraciones de cartas, las cuales particularmente no reciben respuesta alguna. Y en segundo lugar, esta historia se encuentra contextualizada en el año 1700, y los relatos están situados a bordo de un barco. Lo sospechoso en este primer momento es que la historia de la locura revela datos fehacientes sobre el trato que recibían los locos en el transcurso de esos años. En dicho contexto, la persona loca no era bienvenida en la sociedad por lo que se la excluía, y en algunas ocasiones se la libraba a su suerte dejándola en campos apartados o embarcándola en flotas sin timón hacia el mar abierto. De este modo, por descabellado que suene ¿Podría tratarse de la narración de un loco enfrentándose a su locura? Estas prácticas cobran un sentido sumamente simbólico, ya que el loco “se encuentra

prisionero en medio de la más libre y abierta de las rutas: está sólidamente encadenado a la encrucijada infinita” (Foucault, 1998, pág 12).

Continuando con el recorrido psicoanalítico, Lacan propone pensar la locura a partir de la constitución del Yo, ya que lo que suponen estos primeros momentos del sujeto es que se encuentra con su no ser, en otras palabras, con lo que no es. Lo que ocurre con el loco es que no puede pensarse de ese modo, ya que se mantiene idéntico a sí mismo. A raíz de ello, se habla de una identificación inmediata, pero no se debe remitir a este último término en relación a lo temporal, sino como lo opuesto a la mediación. Para Lacan, esto se relaciona con el Yo paranoico, es decir, una estructura paranoica del Yo ya que no remite a una otredad, no hace intervenir al Otro. Es aquel que se cree a sí mismo sin necesidad de un tercero que marque el no ser (Rodríguez, 2022).

Ello propone pensar que existe un riesgo inherente al hablante de caer en la locura, es un riesgo que amenaza a todo hablante en la medida en que existe una atracción ejercida por una imagen del Yo Ideal que apunta a una captura negadora de toda mediación del orden simbólico que necesariamente remite a Otro, esto marcaría una discordancia con el ser y esta discordancia marca la historia del sujeto. Por lo tanto hablar de identificación inmediata conlleva el desconocimiento del Yo de su estructura dependiente del Otro y el otro, lo cual coagula, es decir hace consistir la creencia en el propio ser es un ser libre y autodeterminado, o sea no mediado por el Otro.

La locura supone una *estasis* del ser, término que Lacan toma de Freud, entendido como estancamiento por oposición al desarrollo dialéctico del ser humano. Esa *estasis* del ser es la de una identificación ideal, es decir que en la locura la relación a la identificación ideal es un punto de estasis, de fijación, de detención de la dialéctica del ser, es un punto de identificación sin mediación plena a partir de lo cual el sujeto se cree ser lo que es. En otras palabras, la locura consiste en la ausencia de mediación de lo

10

simbólico del Ideal del Yo, dejando solo el lugar para la captura en lo imaginario del Yo Ideal. Para Lacan, además de tratarse de una identificación sin mediación o sea inmediata, también se trataría de una identificación infatuada. La infatuación tiene que ver con ese punto en el que el sujeto *se la cree*, como el decir cotidiano. El infatuado es el que está montado sobre una imagen ideal, por lo que dicha imagen alentaría a la hinchazón subjetiva o sea a la inflación de la imagen especulada, si se piensa en el estadio del espejo. La realización plena de la identificación del sujeto con el ideal sin la mediación del Otro, le da la ilusión de libertad, ser lo que es sin Otro. Por lo tanto, esa identificación plena al ideal, sin dudas, sin el encuentro con el no ser, sin la referencia al Otro, libre de ataduras del Otro, que dialécticamente harían de un sujeto su escisión, es la estructura fundamental de la locura (Muñoz, 2020).

Es por ello que Lacan dice que no se hablaría en términos de fragilidad o debilidad, sino que la locura correspondería a la respuesta a una grieta abierta en la esencia del ser hablante: la división del sujeto. Puede decirse entonces que la locura es un modo del sujeto de no querer saber nada de la falta, de la barradura que genera su propia división (Muñoz, 2020).

Ahora bien, se pretende pensar a Victor bajo estas coordenadas, y podría pensarse que lo que el espejo le devolvía al científico es una imagen un tanto infatuada. El personaje dice: “Resolví darle una estatura de gigante al ser que iba a crear; pensé en darle cerca de dos metros y medio de altura” (Shelley, 2011, pág 58). Esa imagen resulta ser tan grandiosa, tan majestuosa y poderosa, que la fue armando con las mejores partes de su ideal, los mejores brazos, manos y dedos, piernas fuertes y musculosas, órganos elegidos a la perfección, y una particular inteligencia. Ahora bien, algo ocurrió con esa imagen que él no logró nombrar, pero si simbolizar como monstruo.

Cuando se propone pensar en el uso cotidiano de esa palabra, lo primero que remite es al terror, al miedo, o a un ser que causa espanto; pero ahondando en los

orígenes se conoce que la palabra *monstruo* deviene del latín, idioma que el señor Frankenstein conocía muy bien, y este término se destaca por ser utilizado para denotar un prodigio, un suceso sobrenatural o una señal de los dioses y a su vez, palabras como *demostrar* comparten su misma raíz.

Por su parte, Foucault brinda el punto de vista sociológico del término monstruo, argumentando que monstruo es y solo puede ser humano puesto que esta noción remite a la violación de leyes sociales, es aquel que pone en cuestión la ley, presentándose como lo imposible o como lo prohibido. Precisamente en el siglo XVIII el monstruo es aquel que está fuera del pacto social, ya sea el soberano que por su condición misma está fuera o por encima de este, o el delincuente común que, sometido a este pacto, decide voluntariamente romperlo (Blanco Martínez, 2020). En última instancia lo que se encuentra fuera del pacto social que rompe con la ley, parece remitir específicamente a la noción de locura más arriba expuesta, por lo que se puede situar allí un encuentro con la locura.

Por otro lado, la misma fatuidad de Victor fue lo que lo llevó a un momento de locura por el saber, el estudiar para llegar más allá de las posibilidades, lo llevó a descuidarse, a no dormir y a ensimismarse a puntos extremos. Cabe recordar que posicionarse como loco es gracias al conflicto que genera encontrarse con la falta, con la división constitutiva del sujeto. Así, Frankenstein expone: “Luego de días y noches de grandes fatigas, logré descubrir la causa de la generación de la vida y yo mismo conseguí la capacidad de darle vida a la materia inerte” (Selley, 2011, pág 57). Por otro lado dice: “cuando comprobé que tenía un poder tan sorprendente, vacile mucho tiempo acerca de cómo debía utilizarlo” (Selley, 2011, pág 58). Se podría pensar que solo un Dios o una mujer son capaces de crear vida. Es por ello que se entiende en este encuentro con su falta en tanto encuentro con no ser un Dios o una mujer. Por lo que Victor construiría su imagen Yoica creyendo ser una mujer gestante que da a luz o también, un Dios creador de un ser poderoso.

En relación a esto, el Lacan Hegeleano propone tener en cuenta lo que se conoce como *Ley del Corazón*. Se debe situar por un lado un elemento universal como lo es la

11

ley y por el otro algo enteramente individual como el corazón, pero en esto radica el conflicto, puesto que si la ley que vale es la del propio corazón, la ley de los otros corazones no coincide. Esto quiere decir que si se debe imponer la ley del corazón en el espíritu social es porque se encuentra desorden en el mundo, entendido como no coincidencia con la ley del propio corazón. A pesar de los otros corazones es que se impone la ley del propio, pero a su vez esto se percibe como algo que no es suyo ya que le retorna al sujeto como ley de los otros. Esto evidencia una contradicción a la que cada uno intenta escapar, ya que sería producto de sí mismo pero en desacuerdo con su corazón. En este punto es donde entra en juego el delirio de infatuación ya que se trata de un delirio de presunción producto de expulsar afuera esa contradicción que en definitiva resulta ser la misma locura.

Volviendo nuevamente al texto literario, se lee un Victor empoderado por su ser creador: “Una nueva especie me iría a bendecir como a su creador y muchas criaturas felices y excelentes, me deberían su ser. Ningún padre podría arrogarse recibir la gratitud de su hijo, como la que yo merecería por mis creaciones” (Selley, 2011, pág 58). Pero esto no era suficiente, también pensaba que podría ser bendecido con la posibilidad de devolverle vida a esos seres queridos que la perdieron. Más adelante y casi en el final del relato evidencia:

En un momento de entusiasmo y locura forjé una criatura racional y traté de

asegurar su bienestar, haciendo lo que estaba en mis manos. Ese era mi deber; pero tenía otro deber superior a éste. Mi deber a los seres humanos, a la especie, era mayor, porque tenía una dosis de felicidad o de sufrimiento. (Selley, 2011, pág 198)

Con este accionar, Victor busca imponer la ley de su corazón, creando criaturas majestuosas y dotadas de muchas virtudes que en algún punto beneficiarían a la raza humana. A su vez esto supone un desconocimiento sobre la implicación de su ser en ese desorden, ya que le resulta difícil reconocer sus ideales en esos actos que el monstruo parecería haber cometido. Algo ocurre luego de que al encomendarse como mesías que lleva alguna especie de salvación a la sociedad, crea una criatura y esta no está al alcance de esos ideales. Como consecuencia, la rechaza y vira hacia otro aspecto totalmente contrario: desconoce, expulsa fuera la contradicción, esencia de la locura.

Para el desenlace del recorrido, es interesante viajar a los últimos capítulos de la historia, donde el encuentro del sinceramiento de Victor con un magistrado deja en evidencia su chifladura. Cabe destacar que el personaje nunca dejó de ser un creador, si bien sus propios conflictos se desataron en contexto de la propia contradicción que demanda la locura: él era el creador de un monstruo que lo hizo desentonar con la inmediatez respecto a su ideal. Dicha conversación demuestra el encuentro de Victor con su propia locura, en sus palabras: "(...) estas expresiones se relacionaban con la locura. Traté de calmarme como hace una niñera con su niño y comenzó a pensar que mi relato era un delirio" (Selley, 2011, pág. 184). Como ya fue expuesto con anterioridad esto era evidencia suficiente para que sea condenado al naufragio con su propia locura.

La experiencia de *Frankenstein* (2011) en tanto texto literario y personaje de ficción, ofrece la posibilidad de encuentro con la noción de locura psicoanalítica. La literatura ha sido un espacio en el cual la locura puede expresarse libremente, fuera de las restricciones impuestas por la lógica. En este escrito se pretendió evidenciar el interés por la locura para el psicoanálisis y también para la literatura, siendo este texto el medio para un fin. La locura parece ilustrar la vida de este personaje desde los inicios de su historia continuando con el desenlace con el monstruo y su retiro hacia el mar.

La premisa inicial motorizó la escritura y la investigación, y permitió evidenciar ciertas cuestiones. Pero para ello fue necesario indagar en primera instancia, el vínculo necesario que existe entre psicoanálisis y literatura. Partiendo desde los orígenes del psicoanálisis, los encuentros entre ambos cuerpos fueron reiterados, a veces al servicio de un campo de saber y otras veces al servicio de otro. Tanto Freud como Lacan recurrieron a la literatura en reiteradas oportunidades, ya sea como punto de partida o de llegada, lo que les permitió interpelar al psicoanálisis. También se examinó que esta relación puede ser pensada desde diversos puntos de vista y cada uno de ellos resulta nutritivo.

Luego de rastrear y encontrar diferentes puntos de vista para pensar esa relación, se reflexiona en que hay una retroalimentación incesante y fecunda entre ambos cuerpos teóricos (Cristopher Dominguez, 2020). Por otro lado en este recorrido se consideró el innegable encuentro a partir de la narración, acción necesaria para ambos campos de dominio y a su vez impensable sin esta categoría. Resulta que la narración además de ser un medio para expresar y configurar algunos significados que aparecen como ocultos, es un espacio donde convergen las tensiones entre el sentido manifiesto y el latente de la estructura simbólica.

Por otro lado, se debió establecer que psicosis y locura no son equivalentes, pero tampoco excluyentes. Por su parte las psicosis sirven para pensar en las psicopatologías psicoanalíticas, estableciendo la necesaria forclusión del Significante Nombre del Padre, ello imposibilita el ingreso del sujeto al mundo de lo simbólico. Algo diferente ocurre con la locura. Gracias a la lectura minuciosa de Muñoz, quien siguió al pie de la letra a Lacan, la noción de locura pudo ser pensada como un fenómeno inherente a todo ser humano ya que necesariamente está ligada a la constitución Yoica. Se habla de una identificación inmediata e infatuada, que hace que el sujeto crea ser lo que es, sin posibilidad de encontrarse con la falta o con la mediación del Otro. Este punto de vista supuso un quiebre con el modo de pensar respecto a la psicopatología ya que en algún punto la locura se correspondería con lo cotidiano.

Y de este modo se llegó al punto clave, la locura interesa tanto a la literatura como al psicoanálisis, y si también se quiere, a los sujetos en general (Foucault, 1998). Desde que existe un modo de realidad loca, existe escritura loca, personajes locos, artistas locos y la locura como fenómeno. Lo que interesa es ese saber que conlleva la locura que responde a lo prohibido o aquella realidad que no puede ser dicho por personajes cuerdos.

A partir de esto y al posicionarse en esa retroalimentación necesaria que supone el encuentro entre ambos cuerpos teóricos es donde se habilita la lectura de *Frankenstein* (2011). Victor Frankenstein, cree ser un creador, una mujer o un Dios que le da vida a una criatura sin nombre pero monstruo, con todo el peso que esta palabra conlleva, y este relato se mantiene con una fuerte presencia durante todo el texto literario. Pero además aquello que crea se corresponde con su propia imagen infatuada y petulante. Ya que en la misma medida en que se habla de una hinchazón subjetiva, el monstruo en cuestión también se agranda, su contextura es gigantesca, es sumamente inteligente, pero también es diseñado eligiendo los mejores elementos y técnicas para su armado, tanto así que esta criatura resultaría ser invencible. Es por ello que se puede pensar que este discurso loco es lo que en el contexto del 1700 lo llevó a ser condenado al naufragio eterno. Y es en ese mismo entorno donde podría desarrollarse la escritura de las aventuras de un loco encontrándose con su propia locura.

Además, se pudo reflexionar que la locura puede ser pensada al modo de un tensor. Un tensor es un dispositivo mecánico utilizado para ajustar y mantener la tensión en un alambre o cable y son fundamentales para asegurar que los alambres permanezcan firmes y en su lugar, evitando que se aflojen. Se podía pensar a ambos cuerpos teóricos como aquellos cables o alambres que se encuentran en los extremos

del tensor, la noción de locura tensaría el encuentro entre ambos, pero además el interés

14

podría ser pensado en los términos de la mano que manipula dicho elemento para ajustar y que no se aflojen.

Como se expuso en un comienzo, desandar los caminos de la locura parece ser algo inabarcable e incommensurable, pero del mismo modo que fue pensado con Victor ¿No sería una locura pretender saber todo? Es por ello que el motor de este trabajo resultó ser el deseo por saber, partiendo de lo ya conocido para seguir avanzando por aquellos lugares inexplorados y que aún quedan por descubrir. Pero el psicoanálisis merece ser pensado en los términos de lo inabarcable, tanto así que hasta puede exceder lo académico, pero en ello radica la pureza del mismo, que necesariamente viene de la mano por este deseo de seguir aprendiendo y recorriendo este apasionante camino.

5. Referencia Bibliográfica.

Berenguer, A (20 de Enero de 2018). Breve historia de la locura. *Ser histórico*.

<https://serhistorico.net/2018/01/20/breve-historia-de-la-locura/>

Bloj, A. (1977) *Prevenir ¿Práctica privativa del campo de la salud?* En: Menin, O. (comp). *Problemas de aprendizaje ¿qué prevención es posible?* Ed: Homo Sapiens. Bourdieu, P

(2002). *Campo de poder, Campo intelectual: itinerario de un concepto*. Ed: Montessor.

Cristopher Dominguez, M. El Colegio Nacional. 2023. Literatura y psicoanálisis. Ciclo de grande críticos literarios: Freud. Recuperado en:

- <https://www.youtube.com/watch?v=bD8-mjMhs10&t=1945s>
- De León de Bernardí, B. (1998). *Narrativa y psicoanálisis: alcances y límites de la palabra en Revista uruguaya de Psicoanálisis, volumen 88, 85-192.*
- Díaz, Ricardo. (4 de enero de 2024). Qué es la literatura para Jorge Luis Borges. *Géneros literarios*. https://www.generosliterarios.net/que-es-la-literatura-para-jorge-luis-borges/?expand_article=1&expand_article=1
- Eguinoa, A (2000). *El lector alumno y los textos literarios*. Revista: Colección Pedagógica Universitaria n° 34. Recuperado en: https://www.uv.mx/cpue/colped/No_34_Coleccion.htm
- Foucault, M (2002). *La arqueología del saber*. Ed: Siglo XXI. Buenos Aires. Foucault, M. (1964) *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de cultura económica. Colombia. 1998
- Foucault, M. (1998) *La literatura y la locura*. Traducción Emanuel chamorro. Recuperado en: file:///C:/Users/anton_000.EQUIPOHOTEL/Downloads/MichelFoucaultCORREGIDO.pdf
- Herrera Guida, R. (2002). *Paul Ricoeur: hermenéutica y psicoanálisis*. *Devenires: revista de filosofía y filosofía de la cultura*. Vol: 5. Pag170-201
- Lacan, J. (1955-1956). *El seminario de Jaques Lacan libro 3: Las Psicosis*. Ed: Paidós (2013)
- Leibovich de Duarte, A (1998). *La noción de narrativa en el psicoanálisis actual*. Revista Uruguay de Psicoanálisis n°88. Recuperado en: <http://publicaciones.apuruquay.org/index.php/rup/article/view/1367>
- Leisse de Lustgarten, A (2020). *El entre/dos de la verdad en la clínica psicoanalítica*. Revista de la sociedad psicoanalista de caracas. Vol. 1. Psicoanálisis y la subjetividad en la posmodernidad.
- Miller, J, A. (03 de Abril de 2022). Todo el mundo es loco. *Psicoanálisis lacaniano*. <https://psicoanalisislacaniano.com/2022/04/03/jam-todo-el-mundo-es-loco-20220403/>
- Muñoz, P. (2007). *La doctrina lacaniana de la locura y su revisión a partir de la teoría de los nudos*. XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Muñoz, P. (2008). *El concepto de locura en la obra de Jacques Lacan*. Anuario de investigaciones vol. 15. Buenos Aires. Recuperado en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862008000100041
- Pérez, A. (2020). *La teoría de la novela de Julio Cortázar*. Revista Gramma. Vol: 10. <http://portal.amelica.org/ameli/jatsRepo/260/2602365026/index.html>
- Piglia, R. (1997). *Literatura y psicoanálisis. Conferencia Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA)*. Buenos Aires.
- Pujó, M. (2001). *El relato es el caso*. *Relatos de la clínica, volumen 2, 1-6*. Rey, C (2009). *Las otras lecturas de Freud. Psicoanálisis y literatura*. Recuperado en: https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-57352009000100011

- Rodriguez, G. Yiuca AC. *Variaciones clínicas de la diferencia locura-psicosis. Lacan ante Green*. Recuperado en: <https://www.youtube.com/watch?v=DeKdgcGR2k&t=3277s>
- Rojas Fernandez, J. (2006). *La Literatura y el Psicoanálisis*. Revista colombiana de psiquiatría (volumen XXXV), 225-231.
- Rojas Malpica, C. (28 de Octubre de 2011). *La psicosis única revisada. De la nosotaxia a la nosología*. Salud Mental.

https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-33252012000200004

Sanchez Blake. Locura y literatura. La manzana de la discordia, Diciembre, 2009. Año 2, No. 8: 15-23

Sanchez, B (2018). *La práctica de la letra versus el psicoanálisis aplicado*. Revista virtualia n°34. Recuperado en: www.revistavirtualia.com

Sanchez, B. *Lacan y la literatura: algo más que un gesto de cortesía*. Revista conclusiones analíticas. Recuperado en: https://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/48331/Documento_completo__pdf?sequence=1

Shelley, M. (1818). Frankenstein. Ed: Ediciones Libertados. (2011)